

Poemas

Krishna Naranjo Zavala

Universidad de Colima

Siglo XXI

Una mujer se llena de materia inerte para sentirse viva.
La experiencia metafísica le sucedió en el supermercado.
Compró abrigos a sus hijos tropicales
quienes aplaudirán su habilidad con las monedas.

Se respira televisión en las casas
como antaño el consomé se adivinaba al pasar por la cocina.

La sirena palideció en la oscuridad del libro
que de leerse en estos tiempos se requiere inteligencia,
encontrar el inconsciente colectivo y esas cosas.

El lenguaje no es el de la sangre.
Trinos y ballenas podrían lavar la sordera de los cerdos
pero el fango empaña un amanecer rarámuri.

Contaba una anciana jalisciense
que pescadores descubrieron el secreto de la bahía
cuando vieron a gentiles —hombres con rasgos de pez—
asoleándose bajo su sol terrestre.

Alguna vez el cuerpo fue montículo para ver con claridad
y en el cráter de las rocallosas
se concebía a Dios como un enorme tarahumara.

Ahora se piensa que las revelaciones son de vagos o aturdidos
y vislumbrar linderos de otro orden corresponde a los intoxicados.

Y la ciudad
injurada ha colmado de fuegos artificiales.

Pero viene la poesía con su posibilidad de astro,
los sueños se digieren en la velocidad de la escritura.

Deseo apagar la lámpara,
encontrar el relámpago que me encendió,
retomar al cuerpo que fue monte y vio la luz.

Posibilidad-es

Soy un hombre hurgando las banquetas
con su bestia solitaria,
soy todo desde este cuerpo femenino.
Soy de viento cuando el universo desconcierta,
un tipo estremecido por los astros,
un cabizbajo malcomido,
un ser sublime al mismo tiempo.
Soy mi juventud que estallaba cervezas
y su mujer era un océano cada día.

La ciudad ha intentado agotarme
y aunque tengo el pensamiento de periódico
incendiado de imágenes,
ni cien centinelas han hurtado mi escritura:
—rayo del alma y del brazo—.

Sólo tengo muerte ante lo inmenso.
Soy un vagabundo sumergiendo la cabeza
para no escuchar los gritos estelares.
Finjo que no tengo una estrella en mi ropero viejo,
que la luz proviene de la lámpara,
que guardo tabaco en el bolsillo
y soy un pozo huequísimo donde se extraen
sólo horas laborales.

Finjo mis años, mis estados anímicos,
he roto siete mil espejos.
Pero encontré el clavo de mi voz dentro del pecho:
soy un viejo que se bautiza el rostro
para encarar al mundo con ojos nuevos.

Despliegue

Desdóblame como un secreto,
tengo una venda de palomas que anidaron en la soledad del cuerpo.
Conducete con las luciérnagas,
nada con linterna en este cuerpo, desata los nudos de mis ojos.

Descúbreme montaña, camino.
Desdóblame como un legajo de signos y estaciones para amarte.

En tus manos hay estelas que descifran mi eco viejo,
déjame llegar al viento transparente roída de noche
hasta desaparecer, convertirme en polvo
caracol blanquísimo ante las crestas de tu cuerpo.

Árbol-guarida

Eres mi punto de rosa, la marca de mi centro.
Te quiero porque intuyes el movimiento de la era,
porque juntas tus yemas con las mías para advertir el latido.
Desde un manantial la noche se resbala en tu espalda,
olvido entonces a la bestias sanguinarias
porque luego de tus brazos, de la jacaranda, del aire que te rodea,
el mundo se acalla y puedo respirar como si naciera.



Fotografía de Lucila Gutiérrez Santana.